

## CANARIOS A PUNTO DE VOLAR

Teodoro Adorno

Oigo los canarios piar. Una vez más, desperté antes de que la habitación se iluminara. El reloj de pared dice que son las seis y cuarto de la mañana, pero sé que está adelantado cinco minutos. No por defecto de fábrica o por descuido de días pasados; yo mismo coloqué las manecillas así hace varios años, cuando adquirí el curioso hábito de ganar tiempo. Es una práctica sencilla que, a cambio de la inexactitud del minuterero, ofrece acercarnos a la puntualidad y, cuando es necesaria, provee la sensación irrenunciable de existir trescientos segundos antes que los demás. Ahora ya no necesito esos segundos artificiales. El tic-tac del reloj adelantado es, quizá, el último rastro de juventud e independencia de mi alcoba —ahora decorada con jeringas de líquido aguamarina, píldoras *tutti fruttu* y botellas ámbar de jarabe para la tos. Tengo ochenta y cinco años y, paradójicamente, lo que más sobra en mi vida es tiempo.

Como cada mañana, los mosaicos blancos de la pared comienzan a pintarse de amarillo hasta cubrir la pared en su totalidad. Es una metamorfosis cromática similar a la que se percibe durante un eclipse lunar: simétrica, tranquila, impecable. No cedí, sin embargo, ante la rústica realidad para presenciar este espectáculo matutino —que, a decir verdad, se ha hecho más bien cotidiano— o por falta de cansancio. Fueron las sábanas que constriñen la piel de mis piernas petrificadas y el hastío de mi columna vertebral, cansada de permanecer inmutable bajo la presión de mi tronco estancado. Estoy húmedo; sumergido en arenas movedizas de sudor, almohadas y sábanas en que se ha convertido mi cama, mi prisión. Sé que gritar sería inútil, nadie vendría pronto a

despertar mis músculos dormidos ni a refrescar mi garganta árida. La pausa de la espera es lo único que verdaderamente permanece. Espero. Inmóvil. Trato de recobrar la calma contando, uno por uno, los mosaicos alterados de la pared frente a mí.

Luz verde. Acelerador. ¡No es posible! Otra vez voy tarde. ¡Por más que trato de llegar temprano! Seguramente don Fermín me lo va a echar en cara. Parece que cada día hay más tráfico. Pero tenía que ser: somos muchos en esta ciudad. No cabe un alfiler más. ¿Cuándo inventan carros con alas? ¡Chín! Mi uniforme... ¡Carajo... y es blanco! Debió ser el café... a ver si se le quita. Es tarde, voy sucia y no me he maquillado. El colmo de todo, de mi vida, es Luisito; el pobre se tiene que parar muy temprano para que lo lleve antes a la escuela. Ya le expliqué que no puedo estar todo el tiempo con él; tengo que trabajar cuidando a otra persona, ganar dinero. Sufre. Pobrecito. No tanto como yo. Eso seguro. No sé qué más hacer, he intentado todo: regaños, castigos, hasta le hablé bonito; mil veces le dije que debe portarse bien, no responderle a la maestra y no esconder las tareas pero... ¡Luis! ¡Se te está olvidando tu lonch! Acércate antes de que te bajes para que te persigne (rápido porque tengo carro atrás)... Amén. Pórtate bien, hijo, no quiero que me vuelvan a llamar de la dirección ¿okey? ¡Espérate! Todavía no salgas, viene carro... A ver, ahora sí, córrele. Luz amarilla. Pobre don Fermín, seguro debe estar desesperado, empapado en sudor, como esa vez que lo encontré tirado junto a su cama, contorsionándose por el frío —pez dorado que saltó al mundo terrestre desde su pecera. Menos mal que ya no hay tanto tráfico en esta avenida. Qué gran idea ¿a quién se le habrá ocurrido? Poner un segundo piso. Falta el tercero, el quinto, el séptimo. Luz roja.

Marisela llegó cuando el sol daba las últimas caricias de luz a la esquina faltante; la pared es ahora lienzo dorado trastocado por la sombra de un encino. Pude escuchar la puerta de su auto cuando la azotó. El sonido catalizó mi tedio e incomodidad. De pronto, olvidé los setecientos cincuenta y cuatro azulejos que había contado hasta entonces. Sentí franca desesperación; lo que el caminante perenne del desierto cuando sabe que pronto sus labios probarán agua, después de semanas de búsqueda. Frenesí de deseo insoportable. Aumenta con el retumbo de sus pasos, tambores, subiendo, golpeando, las escaleras hacia mi habitación. Entra. Se presenta jadeante ante mí; ofrece disculpas, pero es inútil. No me importan ahora sus palabras, por sinceras que parezcan. Lo único que quiero en este momento es que libere la presión de mis muslos terriblemente aburridos; que desclave mi columna de la cama. Marisela, deja los lamentos para luego, sálvame de este colchón que me quiere engullir.

Don Fermín es un hombre pesado. Aún recuerdo la primera vez que lo cargué yo sola. Casi me lo echo sobre mí —entonces seríamos dos inválidos pero ¿a mí quién me va a cuidar? Antes, César me ayudaba un poco cuando vivía aquí. Me resulta insufrible ver a papá en este estado, me voy Chile, a empezar otra vez mi vida, te lo encargo mucho; aquí está mi número, nunca dudes en llamar si necesitas algo. Después me acostumbré a tomarlo en brazos, le agarré maña. El chiste es apoyarse en el filo de la cama para pasarlo a la silla de ruedas. Sé que no le gusta, la odia, pero ni modo ¿qué le vamos a hacer? A ver, don Fermín, a la cuenta de tres. Una, dos y... ¡tres! ¡Eso! Vámonos al baño.

Aunque a veces llega tarde, me siento afortunado de que haya tocado mi puerta en busca de empleo y se haya quedado. Marisela es mi enfermera, mis ojos para leer el periódico, mis manos para escribir cartas y, lo más importante, es mis piernas para recorrer el jardín. Es también la única que no se ha ido. Todos los días, me mete a la tina del baño y masajea mi espalda agonizante por las espinas que me clava la cama.

Pone champú en mi cabello mojado. Todo huele a lavanda. Bajo el agua tibia, masajea mis muslos impedidos de movimiento, baja sus manos a mis rodillas insensibles y llega a los rincones más lejanos de mi territorio, metiendo la esponja entre los dedos de mis pies. Me seca y alivia mi tormento. Es trabajo duro, pero lo hace con cariño.

Don Fermín es —o era— arquitecto, uno importante. Fotografías de construcciones y planos enmarcados reclaman el espacio de paredes blancas que se prolongan sin fin. La casa es preciosa, —creo que él mismo la diseñó— aunque un poco descuidada. Libros que nadie ha tocado en años respiran en todas las esquinas. Hay un jardín con un estanquillo y jaulas enormes que contienen docenas de canarios. Todas las mañanas, después de dar de desayunar a mi paciente, aseo las jaulas y me encargo de las aves. Alguna vez pregunté a don Fermín por qué no los dejaba extender sus alas más allá del diámetro de la jaula; volar a otros lugares. Dijo que sería inútil: los pájaros que nacen o se crían en cautiverio jamás podrían adaptarse a la naturaleza salvaje. Serían presa fácil de algún mamífero astuto. Entendí, entonces, que todos los días nos vemos en la necesidad de hacer sacrificios. Renuncio a pasar más tiempo con Luisito a cambio de nuestra comodidad económica. Los canaritos australianos renuncian —o se los obliga a renunciar— a su libertad, a cambio de seguridad, alpiste y agua fresca. Pío, pío. Don Fermín también se sabe enjaulado, pero, en cambio, sus ofrendas han recibido poco.

Después del almuerzo, perdí a Marisela que pusiera un poco de Chopin y que me siguiera leyendo la Historia de la guerra del Peloponeso. Antes nunca tuve tiempo de leerla —sólo conocía los pasajes más célebres, como el discurso fúnebre de Pericles, que leí por primera vez en la adolescencia y al que siempre regresé— y sé de cierto que Tucídides es buen pretexto para perder tiempo, especialmente cuando se está inevitablemente atado a algo. Hace algunos años me partí en dos. No importa cómo.

Si se sobrevive, el resultado es siempre similar. Escalaba el Popocatepetl y resbalé, conducía de madrugada por Periférico y me estrellé, salté a la alberca Olímpica desde el trampolín de cincuenta metros y besé el pavimento. ¿Cómo soportar la libertad? No quise entender lo que dijeron los médicos; sólo sé que mi cintura supone un límite que no puedo cruzar; más allá de ella hay una zona amplia, estéril, cada vez más inexplorada, un país cada vez más extranjero. Echo de menos ver de frente, a la misma altura, los ojos de las personas. Desde que estoy condenado a la silla de ruedas siempre tengo que alzar la cabeza al cielo, como buscando a Dios. Ojos son estrellas: astros lejanos fuera de mi alcance. Los griegos también levantaban la mirada y admiraban el cielo.

Cuando el clima es adecuado Marisela me lleva al parque. Recuerdo que antes había un pequeño lago con patos, pero ahora ya no los hay. No sé en qué momento desaparecieron. Seguramente se los tragó algún mamífero astuto o volaron a otros lagos, donde no se ensuciaran las plumas de lodo ni hubiera niños que les lanzaran piedras. Los patos volaron, los niños permanecieron. Desde mi silla de ruedas los veo correr de un lado a otro, patear la pelota, recorrer el pasamanos con sus pequeñas extremidades. Pocos tienen el privilegio de sorprenderse todos los días con el milagro de caminar erguido. Aprendimos, de los árboles, a desafiar la gravedad.

Cuando terminé de leer el capítulo XV del libro II de la Guerra del Peloponeso me percaté de que don Fermín se había quedado dormido. El reloj dice que son las siete y media. Hora de irme. Lo subí a su cuarto, con ayuda de la silla de ruedas y el barandal de la escalera. Don Fermín no se movía. Llegamos a la entrada de su habitación, abrí la puerta y encendí la luz. Preparé la cama para acostarlo, voltee el colchón del que tanto se quejaba y puse sábanas nuevas. Don Fermín no decía nada. Permanecía sentado en la silla de ruedas, callado, dándome la espalda. ¿Don Fermín? Temí lo peor. Se me quebró la voz. Me

acerqué lentamente. No respondió. Temerosa, toqué su cuello y pude percibir su pulso lento. Finalmente, don Fermín dijo algo que me hizo reír de gusto por saberlo vivo pero que no entendí muy bien. Me sentí aliviada. Los dos reímos. Lo acosté en su cama y me miró con ojos de niño triste. Le di un beso en la frente y, a pesar mío, le dije que me tenía que ir. Él comprendió. Le desee dulces sueños, a pesar de saber que no dormiría; el piar de los canarios al alba volvería a ser un pretexto para vivir. Apagué la luz y cerré la puerta.

El día siguiente era sábado. Me despedí de Luisito con un beso en la frente y le dije que volvería temprano, quizá podríamos ver una película juntos a mi regreso. Me sentía contenta. Fui al puesto de periódicos y compré el periódico favorito de don Fermín. Llegué a su casa temprano, estacioné el coche —el camino había sido muy rápido.

Cuando entré a su cuarto, la luz amarilla penetraba la habitación por el ventanal. Luz y sombra dibujaban una diagonal sobre la pared más grande. Me acerqué a don Fermín y vi que tenía los ojos cerrados. Me dio gusto, resolví que finalmente había podido dormir, después de los cambios que había hecho a su cama la noche anterior. Le di los buenos días, pero no respondió. Toqué su cuello. Inerte. Retrocedí, llevándome las manos a la cara.

Bajé corriendo las escaleras, con los ojos nublados de lágrimas. No sabía exactamente qué hacer. Me había encariñado tanto con él. Fue, de cierta forma, un hijo para mí. Me dirigí al jardín y, sin pensarlo, liberé todos los canarios presos de las jaulas. Fue una bella danza. Mientras veía cómo todos salían de las jaulas y volaban en direcciones múltiples, recordaba las últimas palabras que don Fermín me dijo con voz quebrada: “no, Marisela, no he muerto, pero tampoco duermo. Estoy mirando piel adentro; quiero volver a existir trescientos segundos antes”.